Al principio,

parece que pasará pronto.
Pero entonces las noches
se alargan más y más.
Hay que ahuecar las plumas
para no pasar frío
y cada vez cuesta más imaginar
que alguna vez hizo calor.
E imaginar que algún día
volverá a hacerlo,
cuesta todavía más.
Incluso cuando los días
se alargan.
Porque entonces
hace todavía más frío.

Hanna Johansen

En el verano
se puede picotear la tierra
y sacar alguna que otra lombriz.
Pero en invierno la tierra está dura como una piedra y,
¡ni en sueños se atrapan lombrices!

Cuando hacía tanto frío,

los mirlos vivían donde comienza el bosque.
Allí, escarbando un poco entre la hojarasca,
todavía podían encontrar alimento.
Pero, incluso en el bosque,
ni en sueños aparecían las lombrices
porque se enterraban muy, muy hondo.

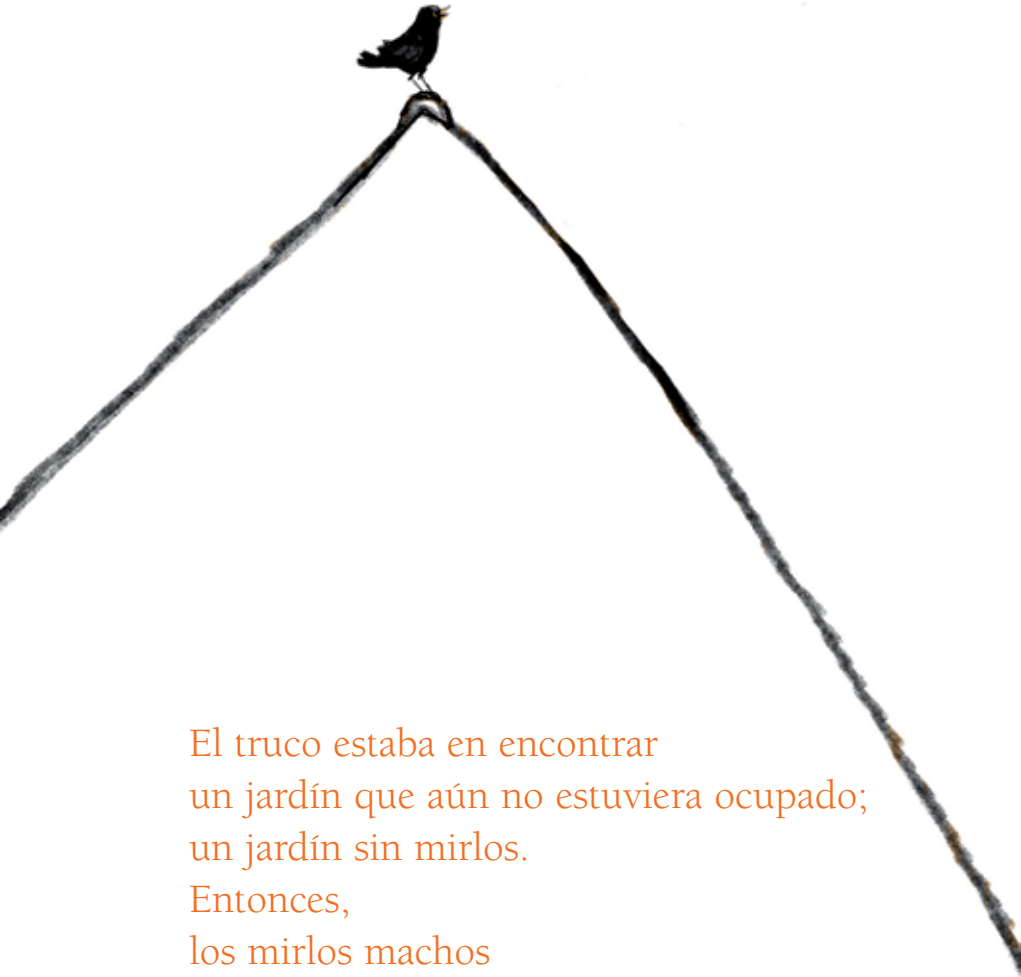
Hasta que…
Un día de febrero,
el sol,
además de lucir más radiante en el cielo,
calentaba más que de costumbre.

¡Por fin!

Habría una primavera.

El aire dejó de ser tan frío.
Cada día anochecía un poco más tarde
y los mirlos revoloteaban inquietos.

Necesitaban un lugar
para pasar el verano;
un lugar que fuera suyo y solo suyo,
además de ser un buen lugar.
Uno tras otro salieron en su busca.
Volaron hasta llegar a las afueras de la ciudad,
donde hay muchos jardines,
y allí observaron cada uno de ellos,
con todo detalle.
Los comparaban y elegían el mejor.
Y había que ser rápido
porque,
cuando un mirlo
se instalaba en un jardín,
no era nada fácil echarlo.



El truco estaba en encontrar
un jardín que aún no estuviera ocupado;
un jardín sin mirlos.
Entonces,
los mirlos machos
se posaban en un tejado
y cantaban a los cuatro vientos
que ese jardín les pertenecía;
así avisaban a los demás.

Luego,
tenían que encontrar
a una mirla
y convencerla de que los ayudara
a construir un nido.
Porque,
si llegaban a un acuerdo
—y no era fácil elegir
el lugar adecuado—,
la hembra se encargaría de todo:
buscaba ramas,
hierbas
y plumas,
las reunía,
las transportaba
y, con ellas, construía el nido.

Pero aún no había llegado el momento.

Un mirlo macho

alzó el vuelo
un hermoso día de marzo.
Sabía perfectamente
qué camino tomar
y, enseguida,
encontró el jardín que buscaba.
Era la tercera vez que iba allí.

En ese jardín había una casa.
En esa casa,
vivía una niña
que sabía saltar a la comba
y tocar la flauta dulce.
Se llamaba Nana.
Pero un mirlo no elige
un jardín
por una niña.
Entonces,
¿por qué?